

Estoraques "incluida en *Crónicas de libros*, (pág. 80), según se le ha otorgado a la poesía en Colombia: "el papel imposible de justificar una realidad cada vez más ruin, cada vez más odiosa".

Anota Cote: "Al escuchar las quejas de esas gentes uno se llenaba de un remordimiento patriótico, porque el país ha hecho sin quererlo una segregación infame con el Chocó". Pero, ¿cuál es, entonces, su reacción? Esa noche: "Había necesidad de escribir versos. Entonces intenté hacer unas coplas populares. Recordé unos versos de Góngora, aprendidos en la infancia, y los puse de epígrafe" (pág. 44). Y problema resuelto: Se antepone una retórica a la expresión de la realidad con los previsibles (catastróficos) resultados tanto en lo poético como en lo político.

Vuelto a editar 31 años después de su publicación inicial, el *Diario* acusa un valor histórico muy particular: es un texto clave dentro de la trayectoria poética de Cote. Sólo a través de él podrían los críticos clarificar el paso de una poesía inicial —como la de casi todo poeta que empieza—, artificial, llena no sólo de ecos, sino de voces ajenas, heterogéneas (de Barba a Vallejo, de Arturo a Aleixandre), que se oyen alto; una poesía abstracta, negada para la imaginación visual, en la que el hablante lírico importa e imposta el tono y simula una sabiduría falsa, y, raras veces, habita un ámbito concreto. El *Diario* permitió el acercamiento a un paisaje, anuncio de la inminente aparición de una obra ma-

dura que, en verdad, nunca alcanzó a realizarse.

El *Diario* representa una toma de conciencia de ese distanciamiento entre su poesía y la realidad; la frecuente repetición de adjetivos en el libro como: *extraña, increíble, misteriosa, enigmático*, es reveladora de ese fenómeno. En ocasiones el libro revela la impotencia para la captación de la realidad, su duda frente al testimonio de los sonidos: "Hay que mirar mejor"; "Es imposible recoger en una sola mirada lo que nos circunda", "es falso, retórico todo aquello que no dé una visión de conjunto y de unidad". El poeta comprende que es preciso hablar "desde el hondón del alma y sin retórica".

El *Diario* es, así mismo, el testimonio de un drama muy particular de la obra de Cote: la confusión genérica. Obra llena de tanteos, en ella se intentan el poema, el cuento, la epístola, el ensayo lírico, la poesía en prosa, la poesía popular, la anécdota, la crónica, pero no la reflexión. Cote, que había sido reflexivo, filosófico, en el poema lírico (*Los sueños*), es paradójicamente lírico en la prosa que se supondría el cauce, la forma más apropiada para la meditación grave, trascendental.

Si se compara la obra con dos textos afines, ya por el género (los fragmentos del *Diario* de Jorge Gaitán Durán publicados en Mito) o por su tema ("El Chocó que Colombia desconoce" [1954], de Gabriel García Márquez), el texto de Cote nos muestra, de manera evidente, su anacronismo. Pese a la toma de conciencia de la que se ha hablado, la obra no se libra de esa retórica que es todavía la de Piedra y Cielo, que, a su vez, es Bécquer, etc. La de Cote es todavía esa prosa de frases a la manera de *Ellas, los días y las nubes*, por ejemplo, que caen, con no poca frecuencia, en la sensiblería, en lo cursi. Así, en un cementerio: "Las cruces sacaban la cabeza entre la llovizna como para proteger a los muertos de la inclemencia del clima". Las carrozas eran "como pétalos de una gran flor de la madera". La escopeta terciada en la espalda de un cargador negro "sacaba su cañón lustroso [...] y en paz amenazaba a algún pájaro invisible". El río San Juan, "cordial [...] abre sus aguas, se expande igual que los brazos en ademán de abrazo, se hace límpido,

tierno, deja ver las piedrecillas del fondo...". O: "la maldita draga que no respeta la selva, ni los cultivos, ni la piedra, hambrienta siempre de oro".

Por lo anterior, nos extraña que un crítico de la talla de Darío Jaramillo Agudelo, al referirse a la prosa de Cote afirme en "Los poetas de los años 40", en Casa Silva, núm. 1, que "las páginas de ese diario se pueden incluir entre las mejores de la prosa colombiana". Sería como proponer a *Platero y yo* como paradigma de la prosa española. Si esa es la mejor prosa...

ARIEL CASTILLO

El equívoco de la literatura infantil

Torta de cumpleaños: Historias de Eusebio, I

Ivar da Coll. Ilustraciones del autor.

Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1989, 28 págs.

Tengo miedo: Historias de Eusebio, II

Ivar da Coll. Ilustraciones del autor.

Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1989, 36 págs.

Garabato: Historias de Eusebio, III

Ivar da Coll. Ilustraciones del autor.

Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1990, 32 págs.

Isabel en invierno

Antonio Caballero. Ilustraciones del autor.

Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1989, 24 págs.

Pégale duro, Joey

Beatriz Caballero. Ilustraciones de Ernesto Díaz

Carlos Valencia Editores, Bogotá, 20 págs.

Conjuros y sortilegios

Irene Vasco, Cristina López. Ilustraciones de Cristina López.

Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1990, 24 págs.

Si pretendo suponer que por primera vez oigo mencionar el término *literatura infantil*, que ignoro de qué se trata y que, por lo tanto, no puedo hacer cosa distinta de especular respecto a su significado, establecería alrededor de él las siguientes relaciones: en principio, una evidente fami-

liaridad entre esta clase de literatura y el sentido y las formas del arte primitivo, la expresión mítica y folclórica de los pueblos. Supondría que lo que denominan literatura infantil no ha de ser otra cosa que la expresión primera de la percepción que el hombre pequeño tiene de su entorno, es decir, de aquello que constituye su realidad. Supondría que, así como el hombre primitivo hace suyo el mundo al lograr su abstracción representándolo en la cueva, en la piedra, en sus mitos, el hombre pequeño hace lo propio: se adueña de lo que constituye su realidad, la hace suya al darle un primer nombre, al otorgarle un orden y al expresar por vez primera su percepción. Presumiría, por otra parte, que entre las características de la expresión de aquello que puede considerarse como una relación primigenia se encuentra, de un lado, aquel elemento inherente a toda creación original, la inocencia –nada tiene que ver con la ingenuidad–, y de otro, la poesía y la magia.

Inocencia, poesía, magia. Me encuentro con cinco textos todos ellos clasificados bajo el rótulo de literatura infantil; éstos, en mayor o menor grado, se encargan de desmentir en forma contundente cada una de las conjeturas esbozadas arriba. Las creaciones de literatura infantil, al contrario de lo que había previsto, nada tienen que ver con la expresión del intento que hace el primer hombre –niño– por dar nombre y forma, sentido y coherencia al mundo. O mejor, sí lo hacen; es, en efecto, el niño el artífice, aun cuando, en verdad, se encuentra algo pasado de años –un retraso en el tiempo de veinte, treinta años quizá–; la manifestación de ese supuesto primer acercamiento, entonces, tiene lugar demasiado tarde, ha perdido frescura y, por lo tanto, carece de vigencia. La literatura infantil parecería ser, si me ciño con exclusividad a los textos aquí reseñados, el intento más bien fallido de un adulto que imposta su percepción del mundo y su voz con la pretensión de dar cuenta del imaginario infantil.

Puesto que parece evidente que esta "literatura" no tiene que ver con aquello que surge de la imaginación infantil, sino más bien con la interpretación

que de ésta elaboran los adultos, acudo entonces a una segunda referencia: los clásicos de las letras infantiles, Andersen, Perrault, los hermanos Grimm, Rafael Pombo. Sin embargo, en ellos encuentro lo que para Héctor Rojas Herazo constituye la verdadera creación: "el resultado de una alianza afortunada ente la inocencia y el terror" ¹. Y encuentro, además, aquellas características que había mencionado como propias de lo que suponía una creación primigenia y que había extrañado en los textos objeto de esta reseña: inocencia, poesía y magia que la nueva literatura infantil parece reemplazar, en su orden, por una ingenuidad a todas luces falsa; por la presencia de un mundo plano, unívoco, en el cual la imaginación resulta ser una osadía o bien una impertinencia y, por último y en consecuencia, por la negación de la magia. Lo anterior lleva a concluir que no puede ser esta "literatura" la que logre descifrar de un lado y poblar de otro la imaginación infantil y aún menos la que persista en la memoria del niño a través de los años, como lo hicieran los cuentos clásicos o las historias de las abuelas narradas bajo la complicidad de altos techos y al ritmo de una mecedora que cruje.

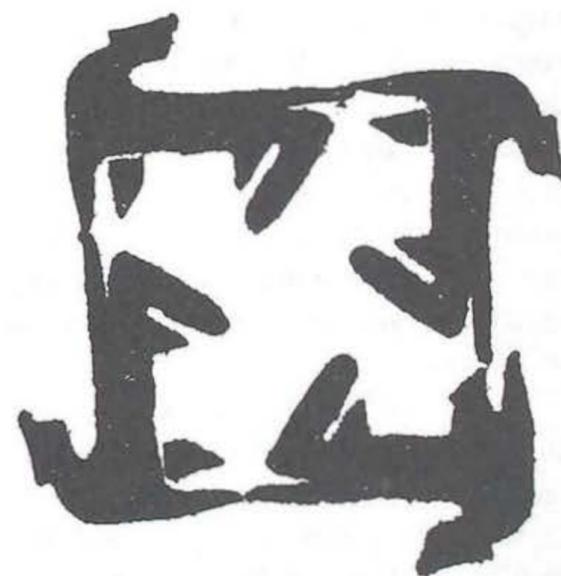
Vamos a los textos que han dado lugar a estas reflexiones. En primer término, a dos que ilustran bien una de las más graves carencias de la nueva "literatura infantil": su capacidad de persistir, a pesar del tiempo o en virtud de él, en la memoria del lector.

El primero es *Isabel en invierno*; su personaje –una niña de dos años que en compañía de la muchareja y del osito Nicolás decide ir a visitar los peces del parque del Retiro– es la hija del autor e ilustrador Antonio Caballero. En principio, *Isabel en invierno* no pretendía ser otra cosa que un mensaje de padre a hija, una especie de homenaje, de tributo. Sin embargo, tanto autor como editor obvian el carácter privado de un lenguaje cómplice y lo hacen llegar al público como literatura infantil.

El segundo es un texto que busca dar lecciones y dejar moralejas pero sin la gracia de las fábulas de Esopo, de Samaniego o de las muy cortas de

Monterroso. Se trata de *Pégale duro, Joey* de Beatriz Caballero, con ilustraciones de Ernesto Díaz. La dicotomía civilización y barbarie –algo trillada, por cierto, así en este caso se imponga la selva sobre la ciudad– son vistos a través de Joey y su relación con una boa, de su vida en la selva, de su paso aleccionador por la ciudad y finalmente, como buen hijo pródigo, de su vuelta al origen.

Otro de los textos de la colección infantil de Carlos Valencia Editores, que bien puede ser descrito como un manual para aprendices de brujo, es *Conjuros y sortilegios*, recopilación de Irene Vasco y Cristina López. Rescata hasta cierto punto los ingredientes mágicos perdidos de la literatura infantil –un poco de hadas, brujas, sapos, otro poco de luna, dragones y noches–, los mezcla en versos rimados que facilitan su aprendizaje aguzando el oído y remata con el logro de una relación justa entre imagen y palabra. Estas, las palabras, aquí casi recobran algo fundamental en el ámbito de la literatura infantil y, por supuesto, de cualquier otro género: el sentido del juego, sus efectos mágicos y su justa relación con las imágenes.



La historia de Ivar da Coll es otra. Es otra en lo que concierne a los tres textos objeto de esta reseña pero sobre todo en lo que tiene que ver con su trayectoria de ilustrador/creador. Existen ilustradores para la ocasión cuyos dibujos no van más allá de la trascendencia que logran los textos a los que tan sólo sirven de compañía; otros cuyas ilustraciones demeritan a las palabras o al revés; otros que, por el contrario, logran una perfecta adecuación entre palabra e imagen terminan–

do ambas por enriquecerse y, por último, otros cuyas ilustraciones señalan la creación de un mundo que se basta porque es capaz de sugerir no sólo el texto que habría de corresponderle sino además otros posibles.

Los dos últimos casos describen el trabajo de Da Coll. Para él el sentido de la ilustración parece estar ligado al de la creación, entendida ésta como un fin en sí misma. La ilustración pierde el carácter accesorio que con frecuencia se le imprime. Quizá la característica más importante de su trabajo sea la intención de crear con sus ilustraciones "personajes" consistentes, duraderos, es decir, en hacer que éstos se conviertan en clara referencia para el lector, en lograr que abandonen su condición de simples estampas de ocasión para convertirse en "individuos" con rasgos inequívocos y portadores de una historia.

Esta característica, a su vez, encuentra dos momentos: el primero (es el caso de la serie del *Chigüiro*), cuando sus dibujos no sostienen o ilustran un texto sino que son ellos mismos los que lo sugieren; las imágenes visuales son autosuficientes y proponen, tan sólo a través de su expresividad, una especie de continuidad narrativa. El segundo, por cierto menos afortunado que el anterior, es representado por la trilogía *Historias de Eusebio*. Digo menos afortunado porque lo que lo caracteriza, la aparición del texto que ocurre aquí por primera vez, parece restarles a las imágenes no importancia pero sí fuerza. Visualmente no se les puede hacer objeción alguna; pero han perdido, acaso porque acompañan un texto o porque un texto las enmarca, el antiguo poder de sugerir.

La pobreza de la que podría llamarse "nueva literatura infantil" no se explica porque ésta sea producto o no del que es poseedor de una imaginación primigenia, es decir, no puede explicarse por considerarla el resultado de la interpretación que hace el adulto del mundo infantil. Se debe más bien a que éste en ocasiones ignora que no se trata tan sólo de descifrar, interpretar y recrear el mundo del niño, sino de aportar elementos a la imaginación de un universo ya de por sí harto complejo. Se debe no tanto a que el adulto haya perdido la voz y el recuerdo de la infancia, sino más bien a

que no tiene presente que "su recuerdo [...] es asunto de grandes poetas. De los que han podido soportar, sin inmutarse ni retroceder, su patético resplandor".

CLAUDIA CADENA SILVA

¹ Véase Héctor Rojas Herazo, "Los centinelas del hombre", en *Magazín Dominical de El Espectador*, núm. 415, 7 de abril de 1991, pág. 20. Las citas que aparecen más adelante forman parte de la misma publicación.

Aguachica y algodón: historias paralelas

Aguachica, historia de un camino

Carlos Nicolás Hernández

y *Alfredo Camelo Bogotá*

Tres Culturas Editores, Bogotá, 1990, 251 págs.

A mediados del siglo XIX, cuando todavía era parte de la provincia de Ocaña, Aguachica tenía escasos 701 habitantes. "Era entonces un caserío surgido lentamente de la frecuencia centenaria de un camino, el camino del río". Hoy, tras otro siglo y medio de esfuerzos, unas 70.000 personas viven en Aguachica, el segundo municipio del Cesar y uno de los centros de desarrollo económico más dinámicos al sur de la costa atlántica colombiana.

Aguachica, historia de un camino es el tema del libro de Carlos Nicolás Hernández y Alfredo Camelo Bogotá, cuya publicación viene a enriquecer el abandonado campo de la historia local en Colombia. No es tarea fácil, debido a la escasez de fuentes. Sin embargo, los autores han hecho uso extensivo, aunque no muy sistemático, de documentos notariales y, sobre todo, de la historia oral para reconstruir el pasado de un municipio que, hasta hace poco, podía considerarse parte de la "frontera".

Hernández y Camelo Bogotá remontan su relato a la época de la conquista. Y a ésta y a la colonia, durante la cual Aguachica era apenas aún una referencia geográfica, dedican quizá demasiado espacio donde, inevitablemente, tienen muy pocas oportu-

nidades para contar algo novedoso. Los textos escogidos de Pedro de Aguado, Juan de Castellanos y Pedro Simón, y los más tardíos de Francisco Silvestre y Antonio de Narváez, entre otros, sirven sí un propósito: ubicar a Aguachica en la corriente de los principales eventos que fueron determinando la historia nacional. En particular, la historia de Aguachica se vería condicionada por el movimiento comercial de la región de Ocaña hacia la ruta del río Magdalena.

"Aguachica, municipio privilegiado. Dios ha puesto la mano aquí", expresó Charles Gail, funcionario de la Texas Oil Company, en 1964, con un entusiasmo que recuerda las erradas apreciaciones optimistas de Von Humboldt sobre las riquezas naturales de América Latina. Los cronistas de la conquista y algunos analistas de la colonia también dejaron impresiones similares sobre la aparente abundancia del trópico. Pocos prestaron atención a sus duras condiciones de vida, aquellas enormes barreras del progreso. A la vuelta de este siglo, "el azote de la peste" obligó a sus sobrevivientes a cambiar la localización de Aguachica. Al paludismo, "flagelo de los siglos", se sumaban los estragos que en la región causaban las inundaciones del río Magdalena. Y Aguachica sufría también con los desastres ocurridos en las poblaciones vecinas. Más aún: Aguachica se resentía del aislamiento, de la falta de comunicaciones, ese "antiguo enemigo" del desarrollo económico colombiano.

Como en tantos otros rincones del país, el ciclo de exportación del tabaco que siguió a la abolición de su mono-

